

ni podemos formarlos; de modo que nos disputamos y arrebatamos los víveres como hambrientos.

»Creo que la batalla del 28 será beneficiosa á los españoles; pero no me parecen aún bastante disciplinados para habérselas con los franceses, y prefiero ver de alejar al enemigo de esta parte de España por medio de maniobras, á aventurar otra batalla campal.

»En la última dirigieron los franceses contra nosotros todas sus fuerzas, y aunque no vencieron, ni vencerán tampoco en lo sucesivo, sin embargo hemos sufrido pérdidas que apenas podemos resistir. No puedo intentar el esquivar el ímpetu del ataque poniendo delante tropas españolas, porque su disciplina se halla en un estado tristísimo y tienen pocos oficiales dotados de las cualidades necesarias. Considero á estas tropas incapaces de ejecutar la más sencilla maniobra. Si la emprendiesen caerían en una confusión irremediable, y el resultado probable sería perderlo todo.

»A. WELLESLEY.»

AL HONORABLE J. H. FRERE

«Puente del Arzobispo, 4 de agosto de 1809.

»Desde mi carta de ayer ha empeorado la situación.

»Después de haberle á usted escrito supe que el enemigo había llegado á Navalmoral, que era por lo tanto dueño de Almaraz y que el puente de esta población había sido destruído por el marqués de la Reina, retirado á ella desde Baños.

»Poco después recibí carta del general O'Donoghue informándome de que el cuerpo francés que había entrado en Baños reunía treinta mil hombres y se componía de todas las tropas que habían estado en el Norte de España. Participábame además que el general Cuesta temía no tuviese yo fuerza suficiente para ellos, teniendo por otra parte motivo de temer por varias cartas interceptadas y por los informes de sir Robert Wilson de las cercanías de Escalona que el enemigo se propusiese estrecharme por la espalda mientras tuviese que contrarrestar su choque de frente, que por lo tanto, recelando quedásemos incomunicados, había resuelto abandonar á Talavera ayer noche.

»Perdía yo así todo lo que constituía mi seguridad, y quedaban detrás cerca de mil quinientos heridos de mi ejército. Tuve entonces que examinar seriamente qué instrucciones me convenía dar al general. No podíamos volver á ocupar el terreno del puente de Almaraz sin una batalla, y según todas las probabilidades, habríamos tenido que dar otra contra cincuenta mil hombres antes de quedar el puente restablecido, aun suponiendo que saliésemos bien de la primera. No podíamos permanecer en Oropesa, donde nos encontraríamos, porque la posición era de suyo insignificante y susceptible además de ser interceptada por Calera como su único punto de retirada.

»Preferí y encargué esta retirada, en primer lugar, por considerar las pérdidas que nosotros los ingleses habríamos experimentado en aquellos combates consecutivos, sin poder probablemente atender á nuestros heridos.

»En segundo lugar, porque si era cierto que en esta parte de España se incorporaban treinta mil hombres

más á las fuerzas de los franceses, quedábamos en la imposibilidad absoluta de volver á tomar la ofensiva. Era necesario que se hiciese una escaramuza en provecho de los ejércitos que en los cuarteles de acá se hallaban, por algún otro cuerpo, hacia Madrid, para obligar á los franceses á destacar parte de sus fuerzas hacia este punto permitiéndome de este modo tomar la ofensiva.

»En tercer lugar, para que estas operaciones y batallas saliesen bien, era menester que las largas marchas que había que efectuar se ejecutasen con toda celeridad. Siento mucho tener que decir que por falta de alimentos se hallan hoy las tropas incapacitadas de corresponder á estas necesidades, y es más que probable que habría yo tenido á Víctor sobre mi retaguardia antes de concluir mi primer encuentro con Soult.

»El general Cuesta, como de costumbre, podía siempre dar grandes batallas. Ahora que todas las tropas han salido de Castilla, Romana y el duque del Parque recibirán órdenes para hacer algunos amagos hacia Madrid. — He sabido que además de los cincuenta mil hombres hay otro cuerpo de doce mil ocupado en observar á Venegas.

»A. WELLESLEY.»

AL MARISCAL BERESFORD

«Mesa de Hort, 6 de agosto de 1809.

»Después de pensarlo maduramente, luego que escribí á usted, conocí que debíamos renunciar á poner por obra el plan que le había comunicado y que convenía ponernos en la defensiva si Soult y Ney habían franqueado el puerto de Baños. Creerá usted fácilmente con cuánto pesar hube de abandonar el fruto de nuestra victoria y de todas nuestras fatigas y pérdidas; sin embargo, no he vacilado en pasar el Tajo en Arzobispo, y no me arrepiento.

»Propóngome ahora tomar posesión de Almaraz, dar á mis tropas descanso y raciones, y ver lo que resuelve el enemigo. Opino que invadirá el Portugal, y convenirá que usted se disponga á interceptarle el paso.

»Veo con sentimiento la desertión de sus tropas de usted. ¿No habría modo de evitarla?

»A. WELLESLEY.»

A S. E. EL MARQUÉS DE WELLESLEY

«Deleitosa, 8 de agosto de 1809.

»Mr. Frere habrá instruído á V. E. acerca de la situación general de las cosas de España.

»Llamaré en particular su atención de usted sobre dos puntos:

»1.º La necesidad de tomar las medidas necesarias para asegurar á los dos ejércitos todos los medios de transporte y las provisiones que han menester.

»2.º La necesidad de dar inmediatamente á las tropas españolas el uniforme nacional. Esta medida es en mi concepto el único medio de poner término á una costumbre que, aunque me pese confesarlo, se ha generalizado mucho, cual es la de arrojar los soldados sus armas y equipo y huir en los momentos críticos diciendo que son paisanos. Además de evitar al Estado la pérdi-

da de armas consiguiente, proporcionaría esta medida al general el medio de castigar á los que se hubiesen portado mal en presencia del enemigo, del modo más sensible al pundonor español, es decir, rebajándolos en consideración. Es difícil cuando están reunidos varios paisanos, armados y vestidos como tales, designar los cuerpos ó individuos que se han conducido mal con una señal distintiva que los ponga ante sus compañeros como objeto de execración; y sin embargo, un castigo de esta especie haría diez veces más efecto que el empleado últimamente en el ejército español por el mal comportamiento de varios cuerpos en la jornada de Talavera; castigo que ha consistido en diezmar á los soldados de los cuerpos que huyeron, y en fusilar la tercera ó cuarta parte de sus oficiales. Oficiales y soldados en efecto, y hasta cuerpos enteros, huyen ahora al primer asomo del peligro, y no dudo que si fuera posible saber la verdad se vería que el ejército de Cuesta que pasó el Tajo en número de treinta y ocho mil hombres, no reúne hoy arriba de treinta mil, aunque no haya perdido más de quinientos en sus varios reencuentros contra el enemigo.

»A. WELLESLEY.»

A L. CASTLEREAGH

«Mérida, 25 de agosto de 1809.

»Llego ahora á la calidad de las tropas y siento tener que decir que nuestros aliados nos comprometen á veces más por su mala disciplina, que por escaso número ó defectuosa composición.

»Creo que la caballería española no tiene disciplina ninguna. Observo que en general está bien vestida y armada, bien equipada y admirablemente montada; que sus caballos son excelentes, así me han parecido al menos los que he visto del ejército de Eguía. Pero no tengo noticia de que esta caballería se haya conducido jamás en presencia del enemigo como debe esperarse de buenos soldados. Huyen sin el menor escrúpulo, y después de un encuentro aparecen diseminados á cincuenta millas á la redonda del campo de batalla, en todas las poblaciones y en todas las emboscadas.

»La artillería española, á lo que he podido juzgar, es un arma inmejorable; la portuguesa es también excelente.

»Por lo que hace á la parte más numerosa de todo el ejército, esto es, á la infantería, da lástima decir cuán mala es la de los españoles y cuán lejos está de poder hacer frente á la francesa. Creo que está bien armada, pero su equipo es malo, sin medio alguno de guarecer sus municiones de la lluvia. A veces carece de todo punto de vestido: otras veces se muestra vestida de manera que sólo se ve en ella paisanaje, cosa que debiera evitar, y su disciplina me parece limitada á saber formar en tres filas en orden muy compacto y al ejercicio puramente manual.

»No es posible contar con esta tropa para ninguna operación; dicen que á veces se porta bien, pero confieso que yo no la he visto conducirse sino muy mal. El cuerpo de Basecourt, que era reputado como el más sobresaliente del ejército de Cuesta, batiéndose á nuestra izquierda en las montañas en la jornada de Tala-

vera fué tenido á raya todo un día por un sólo batallón francés; después huyó del puente del Arzobispo, abandonando sus cañones y mucha gente, y diseminando por el camino sus armas, su equipo y todas sus prendas según costumbre de los españoles. Una circunstancia singular en el encuentro del puente del Arzobispo (donde escribe Soult que tomaron los franceses treinta cañones) fué que los españoles huyeron con tal precipitación que dejaron sus piezas cargadas y sin clavarlas, y que los franceses á pesar de haber desalojado á los españoles del puente no se creyeron con fuerza suficiente para perseguirlos. El coronel Wátters que envié el 10 de parlamentario para reclamar nuestros heridos se encontró en el camino los cañones abandonados por una parte, sin apoderarse la otra de ellos y sin saber quizá que existían.

»Esta costumbre de huir arrojando armas, bagajes y ropa es fatal bajo todos conceptos, aun cuando permita reunir de nuevo la misma gente en su estado de naturaleza, para repetir absolutamente la misma maniobra al presentarse la primera ocasión. Cerca de dos mil hombres huyeron la noche del 27 del campo de Talavera, hallándose á menos de cien toesas del punto que yo ocupaba, sin que nadie los acometiese ni amagase y asustados solamente por sus propios tiros. Dejaron en tierra sus armas y equipo siguiéndoles sus oficiales; y ellos y los jinetes fugitivos fueron los que merodearon los bagajes del ejército inglés que se habían enviado tras ellos. Otros muchos huyeron que yo no vi.

»No hay nada peor que los oficiales del ejército español, y es muy de extrañar que una nación como ésta, consagrada á la guerra con todos sus medios en el transcurso de los dos años últimos, ofrezca tan cortos progresos en los individuos que cultivan los diversos ramos de la profesión militar y que se comprenda tan mal en ella todo lo concerniente al ejército. Los españoles son realmente niños en el arte de la guerra, y no puedo decir que sepan hacer bien más que correr y reunirse de nuevo en estado de naturaleza.

»Creo con sinceridad que estos defectos, en el número, en la composición, en la disciplina y en la utilidad de las tropas, deben en gran parte atribuirse al gobierno actual de España. Se ha intentado gobernar al país en estado de revolución apeándose á las antiguas reglas y antiguos sistemas y con el auxilio de lo que aquí se llama entusiasmo; pero realmente este entusiasmo de nada sirve más que para disculpar la irregularidad con que se hace todo y la ausencia de disciplina y subordinación de los ejércitos.

»Bien sé que se cree generalmente que ha sido el entusiasmo el que ha hecho á los franceses triunfar de su revolución y que á él se deben los grandes hechos que les han valido la conquista de casi toda Europa; pero si bien se examina se verá que el entusiasmo era más que el nombre, y que fué verdaderamente la fuerza la que supo producir aquellos grandes recursos bajo el sistema del terror que contuvo primero á los aliados; y que después la conquista de la Europa sólo ha sido debida á la perseverancia en el mismo sistema de adaptar los individuos y las cosas al servicio del ejército por medio de la fuerza.

»Con estos precedentes podrá usted juzgar por sí mismo si convendrá destinar un ejército al sostenimien-

to de la causa de España y cuál deberá ser su fuerza.

»Circunstancias que usted no ignora me han precisado á separarme del ejército español, y debo decir á usted que no experimento la mejor inclinación á volver á operar juntamente con él bajo mi propia responsabilidad; que antes que lo haga es menester que se marque muy bien mi línea de conducta, y en su estado presente no puedo recomendar á usted que tenga con él relaciones de ninguna especie.

»Antes de dejar este asunto, tal vez le agradará á usted saber que no creo que hubiesen marchado mejor las cosas aquí si hubiese usted enviado su grande expedición en vez de enviarla contra el Escalda. Ni en Galicia ni en parte alguna del Norte de España hubiera usted podido mantenerla.

»Aunque hubiéramos tenido sesenta mil hombres en vez de veinte mil, es probable que no hubiésemos dado la batalla de Talavera por falta de medios y provisiones, y si la hubiésemos dado no habríamos pasado adelante.

»Los dos ejércitos se habrían infaliblemente separado por falta de raciones, probablemente sin batirse, pero aún batiéndose se hubieran separado luego de fijo.

»Observará usted además que sus cuarenta mil hombres aun equipados, armados y provistos de todo medio de subsistencia, no habrían compensado la falta de número, de disciplina y de valor de los ejércitos españoles, y aun admitiendo que hubiesen podido echar á los franceses de Madrid, no habrían sido capaces de expulsarlos de la península ni en el estado actual de sus fuerzas.

»Suponiendo ahora que el ejército portugués llegue á corresponder á su objeto, ¿qué podrá hacerse con él y Portugal si los franceses se apoderan del resto de la península? Mi opinión es que podríamos conservar el Portugal completando el ejército portugués y la milicia.

»La dificultad en esta cuestión consiste en el embarque del ejército inglés. Hay tantas entradas en Portugal por ser todo el país de fronteras, que sería sumamente difícil impedir penetrarse en él el enemigo, y es probable que tendríamos que ceñirnos á salvar lo más importante, que es la capital.

»Es muy difícil, si no imposible, llevar á las extremidades la lucha que ha de salvar la capital y embarcar luego el ejército inglés. Me comprenderá usted dirigen-

do una mirada al mapa. Lisboa está situada á tanta elevación sobre el Tajo, que ningún ejército que pudiese reunir sería capaz de asegurar á la vez la ocupación de la capital y la navegación del río por la posesión de ambas orillas. Temo que habría que renunciar á uno de estos dos objetos, y los portugueses renunciarían más bien á la navegación del Tajo, y naturalmente á nuestros medios de embarque. Con todo, aún no he meditado bastante un asunto de tanto interés.

»Creo al mismo tiempo que el gobierno debería tratar de recoger sus carros cubiertos en cuanto deje de necesitarlos la grande expedición y se reciba noticia cierta de que Napoleón refuerza sus ejércitos de España; porque puede usted tener por cierto que tanto él como sus mariscales deben tener el gran deseo de vengarse de las diferentes derrotas que les hemos hecho sufrir, y que al venir á la península su mira principal será expulsar á los ingleses.

»Habrá usted visto en la primera parte de mi carta mi opinión sobre la necesidad de invitar á los españoles á ceder el mando de sus ejércitos al general en jefe inglés.

»Si se me hiciese semejante oferta aplazaría la aceptación hasta saber la de S. M., y recomiendo á usted ahincadamente que si no quiere correr el riesgo de perder su ejército, permanezca de todo punto extraño á la guerra de España, en el estado actual de las cosas, bajo cualesquiera condiciones. Por lo que hace á Cádiz, el hecho es que el carácter receloso de los españoles, aun de aquellos que nos son más adictos, me inspira tal desconfianza, que aunque el gobierno nos cediese esta capital (y en sus apuros presentes no extrañaría que lo hiciese) para decidirme á permanecer en España, no consideraría jamás como bastante segura en esa plaza ninguna guarnición.

»Si quiere usted tomar á Cádiz, hay que dejar el Portugal y encargarse de la guerra de España; hay que ocupar la plaza, que vendría á ser nuestro punto de retirada en vez de Lisboa, con una guarnición de quince ó veinte mil hombres, enviando de Inglaterra un ejército que entre en campaña con los españoles.

»Siendo nuestro Cádiz habrá que insistir en el mando de todos los ejércitos españoles; pero ya conoce usted por los hechos que le manifiesto al principio de mi carta cuán poco podemos prometernos conducir esta lid al término que deseamos.

»A. WELLESLEY.»

## CARTAS DE NAPOLEÓN

QUE HACEN REFERENCIA Á LA EXPEDICIÓN DE WALCHEREN

(Véase la página 56)

Reproducimos según tenemos prometido algunas cartas de Napoleón sobre la expedición de Walcheren, que darán á conocer las impresiones de su ánimo en aquellas circunstancias, la desconfianza que empezó á concebir de los hombres, y la profundidad de sus provisiones, aun cuando en algunos puntos accesorios quedasen sus cálculos fallidos. Creyó por ejemplo que Flesinga

sería inexpugnable, y Flesinga fué tomada, y no precisamente por la cobardía del general Monnet, sino por la gran masa de artillería que la marina inglesa reunió en un solo punto. Pero exceptuados dos ó tres pormenores, en todo lo demás admirará la prodigiosa previsión con que juzgó Napoleón las consecuencias y el término de la expedición británica y la índole de los

obstáculos que había que oponer á ella. No debe pararse demasiado la atención en los números, que en estas cartas son siempre inexactos. Napoleón se hallaba lejos del teatro de la guerra; ignoraba las fuerzas del enemigo, y hasta las que podían reunir los franceses; por otra parte, al dirigirse á sus lugartenientes tenía costumbre de exagerar sus fuerzas y de disminuir las del enemigo, considerando este medio como eficaz para obligarles á hacer los mayores esfuerzos. También muchas veces se complacía en hacerse ilusiones, y en esto se cegó más á medida que sus medios fueron más proporcionados para la exorbitante carga que se había echado encima. No hay, pues, que buscar en estas cartas pormenores exactos, sino el espíritu que las dictó y que las convierte en monumentos de inestimable precio.

El número de las que escribió sobre la expedición de Walcheren solamente, es tres ó cuatro veces mayor; pero es tal la energía depresora de su lenguaje contra ciertas personas, sin exceptuar á los mismos hermanos de Napoleón, que hemos creído no deberlas reproducir. Puede ciertamente escribirse de hoy más la verdad histórica desnuda; pero hay muchas veces en los mismos documentos tal crudeza, que su reproducción sería intempestiva y prematura.

La historia escrita con sinceridad y buena fe, no necesita recurrir al lenguaje de las pasiones, y esto mismo hace que le sea á ella lícito hablar antes que á los documentos originales.

AL MINISTRO DE LA GUERRA

«Schanbrunn, 6 de agosto de 1809.

»Acabo de recibir su carta de usted del 31, dándome parte de que se han dividido por el lado de Walcheren doscientas velas de todas dimensiones. La isla debe tener entre tropas francesas y holandesas seis mil hombres. Mándele usted oficiales de artillería y de ingenieros jóvenes, celosos y leales. Supongo que los almacenes de Flesinga están provistos, y que lleva usted una cuenta exacta con el general Monnet. Le he mandado la orden, que usted le reiterará, de romper los diques si fuese necesario. Supongo también que el general Chambarlhac habrá pasado á la isla de Cadzand con el cuerpo que existía en Lovaina, la media brigada provisional acuartelada en Gante y cuantas fuerzas haya podido sacar de las divisiones militares diez y seis y veinticuatro, y que el general Rampón le habrá seguido con su cuerpo de guardias nacionales, con lo que se reunirán allí de nueve á diez mil hombres; que habrá hecho montar doce piezas de Gante en Duay y en Saint-Omer para no carecer de artillería de campaña; que habrá reunido las fuerzas que había en Maestric, y que el general Sainte-Suzanne habrá formado una columna con artillería para acudir donde sea menester.

»Envíe usted á Amberes oficiales de artillería é ingenieros con un jefe superior. Tiene allí la marina de mil doscientos á mil quinientos hombres que pueden ser útiles. Pueden además formarse en Amberes batallones de guardias nacionales para conservar el orden en la ciudad y coadyuvar á su defensa.

»Si el desembarco se efectúa pondrá usted en estado de sitio á Amberes, Ostende y Lila, llamará usted enérgicamente la atención del rey de Holanda hacia las pla-

zas de Breda y de Berg-op-Zoom, y si es menester mandará usted armar la primera línea de mis plazas fuertes de Flandes. Puede usted reunir destacamentos de caballería y formar escuadrones provisionales.

»No habrá usted dejado de enviar al mariscal Moncey con su cuartel general á Lila, encargándole reunir toda la gendarmería que le sea posible para proporcionarse una buena fuerza de esta excelente caballería.

»Habrá detenido la marcha de los destacamentos destinados á otros países, como los tres mil hombres procedentes de la duodécima división militar, y los habrá usted dirigido ya á París ó ya á los puntos donde pueden hacer falta.

»Finalmente, pida usted, si es menester, la reunión de un consejo con el archicanciller para hacer un llamamiento á los treinta mil guardias nacionales de las divisiones militares primera, segunda, décimacuarta, decimaquinta, décimasexta y formar en las vigésima cuarta y vigésima quinta algunos batallones, y también para que cada ministro expida las circulares convenientes invitando á la nación al alistamiento de más guardias nacionales, especialmente en los departamentos donde más necesarios sean.

»Con tantas ventajas supongo que los franceses no se dejarán insultar por quince ó veinte mil ingleses. No veo qué es lo que pueden hacer éstos.

»No tomarán á Flesinga porque aún podemos abrir los diques; no se apoderarán de la escuadra, porque ésta puede internarse hasta Amberes, cuya plaza y puerto están al abrigo de cualquier golpe de mano. Creo que el ministro Dejeán se habrá apresurado á proveer sus almacenes. Si la invasión llega á formalizarse, tome usted las medidas necesarias para tener en el Norte el mayor número posible de cañones con el ganado correspondiente, valiéndose para esto de una requisita ó de los medios que le parezcan más expeditos. En caso urgente autorizo á usted á retener parte de las diez compañías de artillería que ha de mandarme.

»Dé usted orden al duque de Valmy de trasladarse á Wesel, donde estará mejor situado para asegurar esta importante plaza.

»NAPOLEÓN.»

AL ARCHICANCELLER

«Schanbrunn, 8 de agosto de 1809.

»Recibo su carta de usted del 2. Espero tendrá usted ya mi decreto para el alistamiento de treinta mil guardias nacionales. Siento que en el Consejo celebrado el día 1.º no haya usted querido tomar parte en la formación de la guardia nacional, de la cual desconfía sin motivo, y supongo que en cuanto haya recibido mi decreto se habrá ocupado en formarla, repartiéndola en cuatro ó cinco divisiones, designando al senado los generales que las han de mandar y dirigiendo al mismo cuerpo una comunicación que sirva de publicación. El senado responderá con una petición en que me dirigirá la palabra, y que será una especie de proclamación. Esta se imprimirá inmediatamente. Los ministros por su parte darán el impulso. Es preciso tener al momento ochenta mil hombres en primera y segunda línea, y excitar á la nación á que se pronuncie: primeramente para escarmentar á los ingleses y quitarles la gana de emprender semejantes expediciones, demostrándoles que la nación